

EL SANADOR DE LA HERMANDAD



El Sanador de la Hermandad

Esta novela se inspira en una experiencia real de Rafael. Algunos nombres y situaciones se han modificado, y parte de la historia es ficticia. Los personajes y sucesos aquí descritos pertenecen a la imaginación del autor; cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Copyright © 2025 Eugenio San Martín Muñoz de Morales

eugenio@xelonte.es

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798275427936

1º Edición 2025 V-0

**Diseño de portada y contraportada:
Eugenio San Martín**

Presentación

A simple vista, Rafael era un frutero más del pueblo, un hombre sencillo que trabajaba entre cajas de naranjas y manzanas, entregado a su familia y a la rutina diaria. Nadie imaginaba que, tras aquella vida común, se escondía una búsqueda incesante, un clamor profundo que durante años elevó a las fuerzas del universo: el deseo de poseer un don que le permitiera aliviar el sufrimiento de los demás.

Y un día, su ruego fue escuchado. La Hermandad —una orden secreta, tan antigua como misteriosa— lo eligió y le entregó aquello que tanto había suplicado: el poder de sanar. Un don sagrado, luminoso, que cambiaría para siempre el rumbo de su vida y el de todos aquellos que se cruzaran en su camino.

Rafael aprenderá pronto que todo regalo lleva implícito un precio: el deber de usarlo con sabiduría, el riesgo de ser descubierto y el desafío de comprender que su destino va mucho más allá de lo que él mismo había imaginado.

El Sanador de la Hermandad es el relato de un hombre corriente transformado por una fuerza extraordinaria. Una historia en la que lo real y lo fantástico se entrelazan, donde la fe, la duda, la esperanza y el sacrificio caminan de la mano. Porque la verdadera sanación no está solo en curar cuerpos, sino en despertar conciencias.

Dedicación

Dedico este libro a quienes, alguna vez, sintieron el peso del dolor o la sombra de la desesperanza, y aun así no renunciaron a buscar una luz que los guiara en la oscuridad.

A los que creen en los milagros cotidianos, en la fuerza invisible del amor y en ese misterioso lazo que enlaza lo humano con lo divino.

Este libro es también un homenaje a su protagonista, Rafael, cuya vida, suspendida entre lo real y lo fantástico, se alza como un canto de fe, entrega y servicio.

Fue un hombre sencillo, un frutero de pueblo, que llegó a ser instrumento de algo mucho más grande que él mismo. Su fe inquebrantable y su súplica constante al universo abrieron las puertas del misterio y encendieron el don que transformaría su destino y el de quienes tocaron sus manos.

Que cada lector encuentre en estas páginas un motivo para detenerse, un soplo de esperanza, y tal vez la certeza de que todos guardamos en el alma un don esperando ser despertado.

Y, por último, dedico estas palabras a mi querido amigo Eloy, compañero de juventud. En recuerdo de aquellos días infinitos y de tantas charlas compartidas. Aunque hoy su voz se haya apagado, su espíritu sigue resonando en mí.

Un fuerte abrazo, amigo.

Índice

Capítulo 1 – Antes del don pág. 009

01- La rutina de Rafael	pág. 015
02- El curso de Reiki	pág. 022
03- El deseo imposible	pág. 030
04- Promesas del destino	pág. 036
05- Una amistad que trasciende	pág. 022
06- La puerta del silencio	pág. 030
07- Unas vacaciones inolvidables	pág. 036
08- Cuando la verdad despierta	pág. 036
09- El primer vuelo del sanador	pág. 022
10- El umbral de los sueños	pág. 022

Capítulo 2 – Fuera del espacio tiempo pág. 042

11- Guardianes de Shambhala	pág. 043
12- Los vigilantes Silenciosos	pág. 050
13- El concilio de la luz	pág. 056

14- El don concedido	pág.	061
15- Encuentro con la hermandad	pág.	067
16- El pacto sellado	pág.	075

Capítulo 3 –El don otorgado

pág. 095

17- El despertar del sanador	pág.	096
18- El Santuario Secreto	pág.	103
19- Primer paciente	pág.	103
20- El peso del don	pág.	109
21- El don y el deber	pág.	096
22- Una vivencia real	pág.	103
23- La llamada de la hermandad	pág.	109

Capítulo 4 El don en acción

24- El refugio y la profecía	pág.	118
25- La doble vida	pág.	126
26- El dolor del mundo	pág.	133
27- Hospitales en silencio	pág.	137

28- Mas allá fe las fronteras	pág. 153
29- El regreso del sanador	pág. 160
30- Las sombras del poder	pág. 167
31- El rastro invisible	pág. 174
32- Entre la sombra y la luz	pág. 181
33- El ultimo latido del virus	pág. 160
34- El penúltimo salto	pág. 167
35- Cuando la paz regresa	pág. 174
Epilogo	pág. 262
Autor	pág. 266

Parte I

Antes del Don

En esta primera parte, acompañamos a Rafael en un viaje que trasciende la rutina de su vida cotidiana y lo lleva a descubrir un mundo lleno de misterios y posibilidades. Desde sus días ordinarios hasta el despertar de habilidades insospechadas, cada capítulo narra encuentros, aprendizajes y pruebas que lo preparan para asumir un destino que va más allá de lo imaginable.

Entre compañeros leales, enseñanzas ancestrales y la guía de la Hermandad, Rafael comienza a comprender que la vida que conocía ya no será la misma, y que cada decisión marcará el rumbo de su nueva existencia.

La Rutina de Rafael	Pagina 000
El Curso de Reiki en Madrid	Pagina 000
El Deseo Imposible	Pagina 000
La Promesa del Destino	Pagina 000
Una Amistad que Trasciende	Pagina 000

La Puerta del Silencio	Pagina 000
Unas Vacaciones Inolvidables	Pagina 000
El Primer vuelo del Destino	Pagina 000
Cuando la Verdad Despierta	Pagina 000
El Umbral de los Sueños	Pagina 000
Guardianes de Shambhala.	Pagina 000
Los Vigilantes Silenciosos	Pagina 000
El Concilio de la Luz	Pagina 000
El Don Concedido	Pagina 000
El Encuentro con la Hermandad.	Pagina 000
El Pacto Sellado	Pagina 000

Capítulo 1:

La Rutina de Rafael

Soy un hombre cualquiera. Como tú, como el vecino de enfrente o como cualquier otro que se levanta al alba para ganarse la vida. Mi vida es un eco de la rutina: del trabajo a casa y de casa al trabajo. Pero en esos pequeños espacios, en esos silencios cotidianos que la gente suele ignorar, se esconde un deseo que, para mí, lo es todo. Un anhelo que, a veces, me consume.

A las seis de la mañana, la alarma del despertador rasgaba la penumbra. Su zumbido monótono era el mismo cada día, un corte abrupto en el velo de los sueños. La luz fría que emanaba iluminaba el modesto dormitorio, revelando las sombras familiares. Rafael se incorporó lentamente, sus músculos protestando un poco por el esfuerzo, y se permitió unos segundos de tregua.

Contemplaba a su esposa, Luisa, dormida a su lado, con la serena confianza de quien no le teme al día que amanece. En el silencio de la habitación, su respiración tranquila era como una melodía que lo calmaba, una armonía que le recordaba la paz que tenía en su vida, una paz que contrastaba con la inquietud de su alma. Con cuidado, se levantó de la cama, procurando no romper el hechizo del silencio. Descalzo, se dirigió a la cocina.

El aroma del café recién hecho no tardó en invadir la casa. Era una fragancia cálida y reconfortante, un preludio al nuevo día. Mientras preparaba la cafetera y sacaba el pan para tostar, sus manos, curtidas por el trabajo, se movían con la precisión de la rutina. Sobre la mesa, su libreta de pasta dura, abierta en una página en blanco, lo esperaba.

Era un ritual pequeño, pero para él, sagrado. Sin que nadie lo viera, anotaba en silencio un mantra: “Hoy haré todo el bien que pueda”. Palabras sencillas, pero que contenían el peso de un juramento.

La casa estaba en calma, una isla de paz en el leve murmullo de una ciudad que se despertaba. Rafael miró las fotografías de sus hijas, María y Ascensión, en el aparador del salón. Sus sonrisas, enmarcadas en la madera, le recordaban las prioridades que guiaban su vida: amor incondicional, cuidado sin límites y la profunda responsabilidad de un padre.

Con un suspiro, palpó sus manos, sintiendo el callo de los años de trabajo, la aspereza de la piel. Imaginaba que algún día, esas mismas manos, en lugar de preparar el desayuno o cargar bolsas de fruta, podrían extenderse para sanar a alguien que sufriera dolor. Era un sueño, una fantasía que sabía irreal, pero no podía evitarlo. Una y otra vez, se preguntaba por qué él no podía ser un canal para esa energía que otros decían sentir.

—Papá, ¿puedo desayunar ya? —la voz de María, aún pastosa por el sueño, rompió el silencio.

—Sí, cariño, voy a servirte el pan —respondió, sonriendo mientras le servía un vaso de leche—. ¿Has hecho los deberes de matemáticas?

—Casi... me falta un ejercicio —confesó la adolescente con una sonrisa tímida.

—Entonces, después del desayuno lo repasamos juntos. ¿Vale? —añadió Rafael con cariño, sabiendo que ese pequeño gesto era su forma de sanar, de reparar, aunque no fuera con las manos.

Después de repasar los deberes con su hija y de despedirse con un beso de su esposa, se calzó el abrigo y bajó a la calle. Su coche utilitario esperaba afuera, un vehículo modesto pero confiable, que olía a fruta fresca y a días de trabajo. El pueblo, con sus setenta y cinco mil habitantes, despertaba lentamente. Rafael observaba ese despertar con atención.

Vio a una señora anciana que caminaba con un carrito hacia el mercado, su espalda encorvada bajo el peso de los años, y Rafael pensó en el dolor que debía sentir en sus articulaciones. Observó a un niño que corría hacia el colegio, y su corazón se llenó de alegría. Vio a un repartidor que luchaba por equilibrar una carga de paquetes.

En ese trayecto cotidiano, cada gesto de la vida le recordaba que ayudar podía ser sencillo y discreto. Ceder un asiento en el autobús, recoger una bolsa caída, ofrecer una palabra de aliento a quien lo necesitaba. Esos eran sus actos, pequeños

pero constantes, que llenaban su día. Sin embargo, un pensamiento no dejaba de rondarle: “Si pudiera curar a alguien... si pudiera aliviar su dolor...”.

Al llegar a la frutería, Rafael fue recibido por un estallido de colores y aromas. El dulzor de las naranjas, el aroma de las fresas frescas, el verdor de las manzanas... Todo era una sinfonía para sus sentidos. Saludó a los clientes habituales con una sonrisa genuina.

La señora González, del segundo piso, que siempre compraba manzanas rojas; el joven universitario que se reía con sus bromas y los vecinos mayores que se detenían solo para charlar un momento, buscando compañía y consejo.

—Buenos días, don Rafael —saludó la señora González, extendiéndole la mano—. Hoy, ¿las manzanas están igual que siempre?

—Sí, doña Carmen, como recién traídas. Y hoy tengo unas naranjas que seguro le van a encantar —respondió Rafael, colocando la fruta con cuidado en la bolsa. Él ya sabía que ella tenía la vista cansada, por eso siempre le elegía las mejores piezas. —¿Cómo se encuentra hoy?

—Un poco agotada, pero no me quejo. Gracias por preguntar. —Su sonrisa se volvió agradecida. Rafael notó el temblor en sus manos, la rigidez de sus dedos. La artritis. Era un fantasma que perseguía a muchos de sus clientes mayores.

Mientras organizaba la fruta, Rafael pensaba en el anciano del barrio que sufría de artritis, el señor Manuel. Había visto su dolor, la dificultad para abrocharse los botones de la camisa, el esfuerzo al caminar.

Le hubiera gustado aliviarle el sufrimiento con un gesto de sus manos, pero solo podía ofrecerle compañía y palabras de ánimo. Recordó las reuniones esotéricas donde otros “veían” maestros ascendidos a su alrededor, o sentían la energía de los chakras. Él no notaba nada. Siempre volvía la misma pregunta a su cabeza, como un martillo: “¿Por qué yo no puedo percibir lo que otros ven?”.

Al mediodía, mientras ordenaba unas cajas de fruta caídas, un niño pequeño se acercó con curiosidad.

—Señor Rafael, ¿las manzanas son dulces? —preguntó.

—Muy dulces —contestó él, ofreciéndole una para probar. El niño mordió y su rostro se iluminó con la felicidad del sabor.

—¡Qué rica! —exclamó, y su alegría llenó por un instante el aire de la tienda.

Rafael sonrió; un pensamiento lo acompañaba: Tenía la capacidad de alegrar a las personas con fruta, también con palabras bonitas, con atención, pero no podía quitar el dolor que no se veía. No disponía de la capacidad de aliviar el lamento que causaba una enfermedad. Era una frustración silenciosa, un vacío que la bondad por sí sola no llenaba en su interior.

Entre clientes y cajas, Rafael recordaba las veces que había acompañado a personas mayores con Cruz Roja o Cáritas: Doña Emilia, que vivía sola y necesitaba ayuda para ir al médico; Don Antonio, con problemas de movilidad, que agradecía siempre sus visitas. Cada pequeña acción dejaba una satisfacción que nada más podía brindar, aunque seguía deseando poder sanar de verdad.

—Don Rafael, ¿podría ayudarme con estas bolsas? —preguntó un vecino mayor, cargando paquetes de la compra.

—Claro, venga, le ayudo —dijo Rafael, tomando algunas bolsas y caminando junto a él hasta su casa—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Algo cansado, pero contento de verte —respondió el hombre, sonriendo con gratitud.

La tarde transcurrió con más gestos de trabajo. La rutina de la frutería era un baile de reorganizar cajas, explicar precios y ayudar a cargar bolsas. Cada vez que atendía a un cliente que tenía problemas de salud, sentía la limitación que lo atormentaba: no podía aliviar el dolor físico de nadie.

Hacia las cinco de la tarde, el repartidor de la mañana entró en la frutería. Llevaba una caja pesada y su rostro reflejaba el cansancio.

—Hola, Rafael. Vaya día... la espalda me está matando —dijo, con voz ronca.

Él le ofreció una manzana y le sirvió un vaso de agua.

—Tómate un respiro, hombre. No todo en la vida es correr.

—Es que la gente quiere los pedidos para ayer —se lamentó el repartidor. —El otro día, un cliente me gritó porque la batería de su coche no funcionaba, y yo no tenía la culpa.

—La gente olvida que somos personas —dijo Rafael con una sonrisa comprensiva.

El repartidor se quejó por su espalda, y él, con su paciencia infinita, le explicó algunos estiramientos básicos para la columna. La conversación se alargó unos minutos, y el repartidor se fue sintiéndose mejor, no por los consejos, sino por el hecho de que alguien se había detenido a escucharlo. Rafael, al verlo alejarse con la carga, sintió de nuevo esa punzada: alivió su alma, pero no el dolor de su espalda.

Más tarde, llegó una señora con su nieta, buscando fruta y consejo sobre cómo animar a la niña a comer mejor. Rafael le explicó con paciencia qué frutas eran más jugosas y cómo combinar sabores. La niña, tímida al principio, se animó a probar un kiwi por primera vez y su sorpresa se convirtió en risa. Rafael observó el momento y, aunque no había sanado ningún mal físico, su gesto cambió algo en la vida de alguien.

Entre más historias de ayuda: un cliente que se había sentido solo tras una operación, un niño que necesitaba algo de consejo para un proyecto escolar y un anciano que lo único que buscaba era compañía. Rafael escuchaba, aconsejaba, acompañaba y

resolvía pequeños problemas. Cada gesto, aunque mínimo, era un alivio; el dolor que no podía tocar seguía allí.

Al regresar a casa, cansado, pero satisfecho, se encontró con sus hijas jugando en el salón y Luisa preparando la cena. La rutina familiar le proporcionaba consuelo; la convivencia, aunque sencilla, estaba llena de calidez. Durante la cena, hablaron de los deberes de María, de la clase de baile de Ascensión y de la posibilidad de pasar un fin de semana juntos en algún lugar.

—Papá, ¿podemos ir a la sierra este fin de semana? —preguntó Cristina, con los ojos brillantes.

—Si el tiempo lo permite, claro. —Será un buen plan para todos —respondió Rafael, sonriendo. —Pero antes, vamos a ayudar a mamá a recoger la mesa.

En esos momentos de tranquilidad familiar, se preguntaba si su deseo de poder curar algún día podría acercarse siquiera a la alegría que sentía al ver a su familia reunida y a sus vecinos apoyándose entre ellos.

Por la noche, mientras todos dormían, se sentó junto a la ventana, mirando el cielo estrellado. En silencio, con el corazón desnudo, pidió una vez más al universo un don que aún no tenía, un poder que aliviase el dolor y la enfermedad de los demás. No lo pedía para sí mismo; solo para ayudar, para dar algo que él, hasta ahora, solo podía imaginar.

Cerró los ojos, dejando que el susurro de su deseo flotara en la brisa nocturna. Y por un instante, pensó sentir que alguien lo escuchaba, aunque sabía que podía ser solo la ilusión de su esperanza.

Su más profundo deseo, el que latía con una urgencia que a veces le robaba el aliento, era poder curar. No por gloria ni por reconocimiento, sino para aliviar el dolor que veía en los ojos de los demás. Era un ruego que repetía en cada anochecer, mirando al firmamento, a un universo vasto e indiferente, pidiendo ese don que le había sido negado. "Por favor, por favor", susurraba al viento, "dame la fuerza para sanar". Déjame ser un instrumento de luz para los que sufren".

Quizás, en algún rincón del vasto cosmos, su súplica había encontrado un eco. No lo sabía con certeza, pero le gustaba imaginar que sus palabras, lanzadas en silencio al universo, viajaban más allá de las estrellas.

En su interior, la esperanza era lo único que le quedaba: frágil, tenue, pero obstinada, como una llama que se niega a extinguirse aun en medio de la oscuridad. Era esa esperanza la que lo sostenía, la que le impulsaba a seguir pidiendo, noche tras noche, que un día el don de sanar descendiera hasta sus manos.

Capítulo 2:

El Curso de Reiki en Madrid

El tren avanzaba con un traqueteo monótono, y Rafael observaba el paisaje tras la ventanilla. Había madrugado más de lo habitual, con el corazón latiendo de expectación. No era la primera vez que asistía a un curso, pero esta vez sentía que algo distinto podía suceder, como si estuviera más cerca que nunca de la señal que tanto esperaba.

Llegó a Madrid con su mochila sencilla, donde apenas llevaba una libreta, un bolígrafo y un bocadillo preparado por Luisa. El centro de terapias estaba en un barrio tranquilo, una casa reformada que desprendía olor a incienso desde la entrada. En las paredes colgaban cuadros con símbolos orientales y frases de superación.

En la sala se habían reunido unas quince personas, de distintas edades. Algunos conversaban animadamente, compartiendo experiencias de cursos anteriores. Una mujer algo mayor relataba que, en la última sesión, había sentido una fuerte energía recorrerle la espalda, como si alguien invisible la abrazara. Otro joven aseguraba que su maestro espiritual se había manifestado en forma de luz azul durante una meditación.

Rafael escuchaba en silencio, intentando convencerse de que, esta vez, él también viviría algo semejante.

El instructor, un hombre delgado, con barba canosa y voz pausada, dio comienzo al curso explicando que el Reiki no se limitaba a la imposición de manos, sino a la conexión con fuerzas superiores que siempre estaban dispuestas a guiar a quienes se abrían a ellas.

—Los maestros constantemente están presentes —dijo con solemnidad—. Algunos notarán calor, unos como vibración, otros destellos de luz. No os comparéis: cada experiencia es única.

Rafael cerró los ojos y cogió aire. La sala quedó en silencio. Solo se escuchaba la respiración acompasada de los presentes y, de vez en cuando, el crujido de una madera en el suelo. Se esforzaba por dejar la mente en blanco, por sentir algo, lo que fuera.

Y entonces, ocurrió. Una luz tenue se filtró a través de sus párpados. Era débil, pero lo suficiente como para sobresaltarlo. Su corazón dio un brinco. “¡Al fin!”, pensó. Una oleada de ilusión lo recorrió. Imaginó que a su lado se encontraba un maestro, irradiando paz, iluminando su camino. Contuvo las lágrimas, emocionado.

Se dejó llevar, disfrutando de aquella sensación durante largos minutos. En su interior, repetía: “Gracias, gracias por darme esta oportunidad...”.

Al terminar la meditación, abrió los ojos lentamente, con la esperanza de confirmar que algo sobrenatural había ocurrido. Pero lo que encontró fue devastador: en la esquina de la sala,

una vela pequeña parpadeaba suavemente. La luz que noto no era más que la llama proyectándose a través de sus párpados cerrados.

Sintió un golpe de realidad tan fuerte que tuvo que apretar la mandíbula para no derrumbarse. Sus compañeros compartían emocionados sus visiones: uno vio un halo dorado, otro había sentido manos invisibles posarse en sus hombros. Rafael, en cambio, guardó silencio. No tuvo valor para confesar su error.

El tren de vuelta iba lleno. Rafael se sentó junto a la ventana, cabizbajo, reviviendo una y otra vez el momento de la vela. A su lado, un hombre mayor comenzó a hablarle sin apenas presentarse.

—¿Ha estado usted en Madrid por trabajo? —preguntó, acomodándose la chaqueta.

Rafael dudó un instante. No le apetecía dar explicaciones, pero tampoco quería parecer descortés.

—En un curso —respondió con evasiva.

El hombre asintió y, sin más, empezó a contarle su vida: que iba a visitar a su nieta al hospital, que estaba cansado pero feliz de poder acompañarla. Hablaba con una serenidad que desarmaba.

Mientras lo escuchaba, Rafael pensó que quizá aquel desconocido, sin saberlo, le estaba dando una lección: ayudar a los demás no siempre requería dones extraordinarios; a veces bastaba con estar presente, con acompañar en silencio.

Cuando el hombre bajó en su estación, Rafael lo despidió con un apretón de manos. Aquello no borró su desilusión, pero le dejó un poso de calma inesperada.

Al llegar a casa, lo esperaba Luisa, preocupada al ver su rostro apagado.

—¿Qué ha pasado, Rafael? —preguntó mientras le servía un café caliente.

Él le relató todo con detalle: la ilusión de la luz, la decepción al descubrir que era la vela, el silencio incómodo frente a los demás alumnos. Terminó con un suspiro, hundiendo el rostro entre las manos.

—No sé si esto es para mí, Luisa. Todos sienten algo, menos yo. Quizá estoy perdiendo el tiempo.

Ella lo miró con ternura, apoyando su mano sobre la suya.

—No digas eso. Tú ayudas cada día, y lo haces de corazón. A veces creemos que el milagro tiene que ser algo grandioso, pero quizá el verdadero don ya lo posees: tu manera de estar con los demás, de escuchar, de dar sin esperar nada.

Rafael guardó calma. No era el don que soñaba, pero las palabras de su mujer lo aliviaron un poco. Esa noche, al acostarse, volvió a pedir en silencio, mirando al techo oscuro:

—Si alguien allá arriba me escucha... que no me olvide.

Pensando en el curso que había hecho, no podía apartar de su mente la imagen de la vela. Se sentía ridículo, engañado por sus propias ansias. Posiblemente no estaba destinado a notar nada. Quizá el don que tanto anhelaba no le sería concedido jamás.

Pero, mientras observaba su reflejo en la ventana oscura, volvió a suplicar en silencio.

—Si en algún lugar del universo alguien me escucha... concédeme este don. Aunque sea lo único que pida en toda mi vida.

Y pese a que el desánimo lo envolvía, una chispa —pequeña, obstinada, indestructible— seguía ardiendo en lo más profundo de su corazón.

Y aun cuando se sintiera derrotado, algo en su interior se resistía a dejar morir aquel sueño imposible.